

# A propósito de mi currículum

## 1. Introducción

No hace muchos años un deán -en la cuarta edad de su existencia-, de la iglesia anglicana, organizó una ceremonia original: celebró sus propios funerales en vida con la intención de escuchar todas las cosas bonitas que habrían dicho de él. Escribir unas palabras en ocasión de mi “festejo como profesor emérito”, me produce el mismo embarazo que si me tocara a mí pronunciar el discurso fúnebre en el momento de mi sepelio.

Dice Aristóteles en alguna parte que los jóvenes tienen poca memoria y mucha esperanza. No lo dice, pero lo oigo entre líneas: 'y los viejos almacenan mucha memoria y poca esperanza'. No me reconozco ni en unos ni en otros. He vivido cada momento de mi vida en plenitud -la plenitud que se puede alcanzar en este planeta-; del pasado conservo lo que dan los años, pero si me apuran, mi motor ha sido, sigue siendo, la esperanza, lo que anhelamos que llegue. Puesto que a los hombres que vivimos en sociedad nos gustan los aniversarios y las etapas -estoy seguro que el hombre de Neanderthal no celebraba aniversarios, simplemente vivía, o sobrevivía-, digo que personalmente estoy iniciando una nueva etapa, que presiento como la más fecunda de mi existencia. En seguida diré por qué.

## Profesor a medio tiempo, maestro a tiempo completo

He sido profesor de algunas disciplinas teológicas y maestro de vida a tiempo completo. En la Pontificia Universidad Gregoriana, en Roma, fui profesor invitado de dogmática y misionología durante veinte años, de 1982 a 2002. Me tocaba dar cada año un tema nuevo a licenciandos, sobre América Latina y la evangelización. Empecé en 1982, en los “años calientes” de la teología de la liberación, repasando el pensamiento de los autores más representativos, como Gustavo Gutiérrez, Leonardo Boff, Jon Sobrino, Hugo Assmann, Juan Luis Segundo, etc., tocando también cristología y cristologías, religiosidad popular y arte, eclesiología y eclesiologías, inculturación, el hombre latinoamericano y su cultura, los rostros de Cristo en el Sínodo de América, Cristo al despuntar el nuevo milenio en América Latina, teología india.

He sido profesor también en nuestro Ateneo Pontificio “*Regina Apostolorum*”: he trabajado en él desde su gestación, cuando era yo prefecto de estudios de nuestro Centro de Estudios Superiores de Roma.

En el año 1991 dejamos la sede de *Via Aurelia* 677, en Roma, para ir a habitar en *via Aurelia Antica* 490, la nueva sede de nuestro Centro de Estudios, que ahora se transformaría en Ateneo Pontificio “*Regina Apostolorum*”, de Filosofía y Teología. Confieso que dejé con pena la que para mí había sido “*Alma Mater*” de mis estudios humanísticos, filosóficos y, en parte, teológicos, además de haber sido también marco y escenario de mi formación espiritual, durante mis dos años de noviciado. Había vivido en esta sede primero seis años -dos de noviciado, dos de juniorado y los dos primeros de filosofía - de 1953 a 1959 -, los últimos años de mi doctorado en teología y de mi responsabilidad como prefecto de estudios de teología, y de rector, es decir, de 1972 a 1991, en total había vivido en *Via Aurelia* 677 un cuarto de siglo. Bien sabemos que los lugares en que hemos vivido los dejamos con pena no por tener que cortar una inercia vital, sino porque en ellos hemos ido dejando girones de nuestra vida. En ellos queda algo de nosotros mismos y se diría que nuestro espíritu deambula por todos los rincones.

Pero la vida continúa y no podemos pararnos a vivir de nostalgias -así nos dicen los espíritus fuertes y pragmáticos-. Haciendo un nudo en la garganta y agarrando en un puño el corazón, empaquetamos nuestras pertenencias y nos trasladamos a la nueva sede de *via Aurelia Antica*. Allí me asignaron la cátedra ordinaria de cristología, que abarcaba el tratado del Verbo Encarnado y el de Soteriología o tratado de Cristo Redentor.

Una de las primeras metas que nos trazamos los profesores fue elaborar el manual de la propia disciplina, con unos criterios pedagógicos comunes; de allí saldría una colección de libros de texto que andando el tiempo pudieran llegar a ser instrumento precioso para la mejor asimilación de los alumnos y libros de texto para seminarios y centros de estudio. De allí mi manual “*Jesucristo, Hijo de Dios, nacido de mujer (Gal 4,4). Cristología y Soteriología*”<sup>1</sup>.

Decía que he sido *profesor* a medio tiempo y *maestro* a tiempo completo, porque en realidad podía dedicar sólo un treinta por ciento de mi tiempo a mi disciplina; el resto, me lo llevaban tareas prácticas de atención a los alumnos, a los programas de estudio, a los trabajos de secretaría que me daba Nuestro Fundador, a la recopilación de nuestras fuentes históricas y,

---

<sup>1</sup> Ed. Nueva Evangelización, México, D.F., 1997.

posteriormente, cuando nos trasladamos a la nueva sede de nuestro Ateneo, en *via degli Aldobrandeschi* 190, a la atención de aspectos prácticos de la comunidad de profesores de la que yo era superior inmediato.

No suele ser de manual la distinción que he hecho entre profesor y maestro, pero yo la hago: como *profesor*, enseñaba algunas disciplinas universitarias ciertos días, a determinadas horas; como *maestro*, vivía mi tarea lúcidamente las veinticuatro horas del día. ¿'Maestro' de qué? Anhelaba yo dedicarme, como profesor, a tiempo completo a la investigación, a la lectura, a la reflexión, a la creación de obras de pensamiento; pero la vida real, las tareas que me encomendaban mis superiores, no siempre me lo permitían. Desde el año 1957 prácticamente hasta la fecha presente, noviembre de 2009, he sido formador y he tenido la responsabilidad de atender una comunidad, primero de humanistas, después de estudiantes de filosofía y teología, tiempo después de sacerdotes profesores, actualmente de sacerdotes diocesanos estudiantes de licencia y de doctorado. Esto exige una disponibilidad total al servicio de las personas encomendadas. He tratado de hacerlo con muchísimo gusto, pues nada hay tan grande como ser instrumento en manos de Dios para un designio que nos supera y poder estar a disposición de los hermanos toda la vida. Mis horas han sido doblemente fecundas, por el modesto trabajo que he realizado y, sobre todo, por haberlo hecho no según mis programas, sino según el proyecto que escribía una mano adorable.

Por esto, si no he podido ser profesor a tiempo completo, sí, en cambio, he sido "*maestro*" las veinticuatro horas del día, '*maestro*' en el sentido que le damos en México a una persona que conoce aceptablemente un campo: desde el '*maestro* escritor y gran intelectual' o el '*maestro* pintor excelso', hasta el '*maestro* mecánico o albañil' que sabe apretar tuercas o poner ladrillos como Dios manda. He sido y me siento '*maestro*' porque me he ejercitado en algunas disciplinas únicas: la "*Sapientia crucis*", ofreciendo mi voluntad a un designio más grande que yo mismo junto con Aquél que de sí mismo dijo: "en el rollo del libro está escrito de mí: he aquí que vengo, Oh Dios, para hacer tu voluntad" (cf. Hb 10,5-10).

Me he ejercitado asimismo en la "*Sapientia cordis*", que deriva de transformar la vida en un ejercicio de bondad y comprensión de los demás, después de un ejercicio de autoconocimiento, de acercarse a los demás con profundo respeto y con un oído abierto para escuchar las razones no siempre verbales, sino vividas, sentidas y amadas por los demás.

Todo ello me ha llevado a una "*Sapientia vitae*", como decía, que me permite discernir dónde están las cosas que realmente cuentan en la vida y

dónde, en cambio, las que son circunstanciales y relativas. Es una ciencia que no reside solo en la inteligencia, sino en el corazón y en toda la persona y que te permite conocer el reloj y la hora de cada cosa y cada evento en tu vida. Te marca unos ritmos que ni son apresurados, ni son lentos, sino que avanzan con precisión eterna. No tienes prisa para nada, pero no desperdicias un segundo de tu existencia. Con esta “*Sapientia vitae*” tienes todo el tiempo del mundo para los demás, cabe en tu corazón no solo tu comunidad, tus conocidos, cercanos y amigos, sino toda la familia humana, y a cada ser humano, varón o mujer, de este planeta y de esta historia, lo sientes como un hermano muy querido. Ya lo dijo Terencio: “*homo sum et humani nihil a me alienum puto*”, y donde él pone “*humani*”, yo pongo “*omnium hominum*” -en su propio género y caso-.

### Mi currículó

Se ha presentado un “*curriculum vitae*” -que los malintencionados trabucan por “*ridiculum vitae*” y quizá no les falte la razón si el interesado se redujera a eso-. Todo “*curriculum vitae*” siempre será incompleto y parcial, pues se suele circunscribir al “*cursus accademicus*”, y nada se dice del “*cursus vitalis*”, y menos aún del “*cursus theologalis*”, y mejor que sea así, para no desvelar los secretos que solo pertenecen al rey... Yo me reduzco también al campo académico, pero no me referiré a los contenidos, sino a las actitudes con que he andado dicho currículó. Yo las organizo, por decirlo de alguna manera, en “*via acquisitionis, via resolutionis, via creationis*”.

*Via Acquisitionis*: durante mi período de estudios me ha guiado la maravilla, el estupor y el gozo de cuanto empezaba a conocer. Llegué a la Escuela Apostólica o seminario menor, si no como una “*tabula rasa*”, sí con una suerte de “*inocencia original*”: más allá de algo de gramática castellana, de sumar, restar, multiplicar y dividir, saber de memoria los ríos y montañas más altas de México, los días de las fiestas patrias y el catecismo de primera comunión aprendido de memoria, el resto de mi mente estaba limpio como el cráneo de un recién nacido. Mi contacto con las humanidades clásicas fue el descubrimiento de un mundo encantado, poblado de maestros de la palabra, del arte y del pensamiento; y de héroes de la acción, metidos en aventuras emocionantes o enredados en tragedias espantosas que superaban mi imaginación. Allí descubrí el arte de la palabra, la belleza de un discurso humano, la gracia de la narración y las luces de bengala de la poesía.

Cuando empecé a estudiar historia del arte, no distinguía yo entre un montón de pedruscos, una guarida ciclópea, una casa de ladrillo en el Distrito Federal de México o un palacio renacentista de Florencia. Poco a poco de las brumas fue saliendo un mundo ordenado y armónico, lleno de belleza y de proporción.

Igualmente llegué a los tratados de filosofía con el solo amparo de la recta razón y con un barniz de sindéresis. Cuando empecé a conocer la arquitectura medieval de la “*logica minor*” y la maciza construcción románica de la “*Logica maior*” o “*Critica*”, quedé deslumbrado; pero mi asombro rayó en éxtasis cuando me fui adentrando en la catedral gótica, toda luz y poca materia, de la “*Metaphysica*”, era auténtica delicia contemplativa de las raíces y manantiales del ser. Tanto que, si de mí hubiese dependido, toda la vida habría estudiado y enseñado ontología. Saludé a Santo Tomás como quien llega a un castillo encantado, me sumergí en el tratado “*De ente et essentia*” y en la “*Summa Theologiae*” como en un laberinto de luz, pero la obediencia me llamaba a Salamanca, en España, para fundar el juniorado, en septiembre de 1959.

Terminé el último año de licencia en filosofía cargado de familia: me veía a mí mismo como al ama de casa, con un niño en un brazo y un libro en el otro, meneando la sopa entre pausa y pausa. Tenía que atender a unos cuarenta junioreos o estudiantes de humanidades clásicas y, a la vez, estudiar filosofía o preparar sea la tesina sobre la filosofía estética de José Vasconcelos, sea el examen “*de universa philosophia*”. De Salamanca me trasladaba al final de cada semestre, a Roma, para presentar mis exámenes en la Universidad Gregoriana. El examen final fue en junio de 1960. A pesar de las circunstancias no favorables para el estudio de la filosofía, creo que el resultado no fue del todo malo. Pero a la filosofía especulativa yo tuve que unir el realismo del paterfamilias.

En octubre de 1960 sonó para mí la hora de la teología o contemplación del misterio divino escondido por los siglos y ahora revelado a los hombres. Mientras mi tarea principal era ser Asistente de Juniores, prefecto de estudios y profesor, al mismo tiempo, acudía yo a la Universidad Pontificia de Salamanca como alumno del primer año de teología. Dista nuestra casa obra de un kilómetro y medio de lo que entonces era el casco de la ciudad, marcado por la Plaza de Toros y el cruce de las carreteras de Zamora, Valladolid y Fuentesauco -esta última la nuestra-; de este cruce a la universidad habría otros dos kilómetros: lloviera o tronara, nevara o soplara el cierzo, luciera un sol de primavera o quemara el ciego sol castellano, todos los días iba a pie con sotana y dulleta, como era uso entonces entre los cléri-

gos, cargando mi maletín de libros y cuadernos. Puedo decir que yo la teología me la gané pateando los adoquines salmantinos. Me consolaba pensar que también hollaron esas calles Fray Luis de León y Cervantes, Melchor Cano y Calderón de la Barca, Domingo de Soto y el Lazarillo de Tormes, Miguel de Unamuno y, antes, Torres Villarroel.

El claustro de profesores estaba formado por una galería abigarrada de tipos y sayos diversísimos: el P. Manuel Cuervo, dominico, de cabeza blanca como quien ha llegado a la etapa de la sabiduría, me enseñaba el tratado “*De Verbo Incarnato*” siguiendo la *Tertia Pars* de la Suma Teológica: era especulación y contemplación teológica pura y deliciosa; entre artículo y artículo de la *Summa* nos decía: “Suárez, eterno nadador de la superficie; Santo Tomás, un buzo”. A la hora siguiente nos daba sacramentos el Jesuita P. Nicolau, tan metódico y preciso, cuanto hombre de bien. En la tercera hora seguía el magistrado de la catedral, Don Eugenio González, con teología fundamental, que arremetía con vehemencia ibera contra el P. Marín Sola por su obra “La evolución homogénea del dogma” y contra los dominicos, en general, porque creían tener la exclusiva de Santo Tomás. Concluía la mañana un padre carmelita tal De la Madre de Dios, de gran corpulencia, que nos daba teología mística ante la cual nos quedábamos en contemplación beata, profundamente dormidos sobre los bancos. Otros días nos tocaba introducción a la Sagrada Escritura, con el P. Maximiliano García Cordero, dominico, buen divulgador de libros sobre la Palabra de Dios, que nos decía: “en mi Orden a los que no valen para nada, los dedican a liturgistas”. En la hora siguiente entraba el P. Casiano Floristán, recién desembarcado de Alemania, exponiéndonos con entusiasmo la renovación litúrgica que se preveía en el Concilio que se estaba gestando. Nosotros nos mirábamos unos a otros, entre sorprendidos y divertidos.

Nos daba la teología moral una gran figura - en lo físico y en lo intelectual-, el P. Antonio Peinador, claretiano, que por ironía de la naturaleza, era calvo como una bala de cañón; las clases se desarrollaban en latín y él era muy dicharachero y lleno de anécdotas que ilustraban su curso; retomaba el hilo con una muletilla latina, “dico igitur, dico igitur”, mientras se sobaba la calva brillante. Al tocar el tema del respeto a la vida y del pecado de temeridad cuando se expone sin causa justificada, presentó la cuestión de si el torero pecaba exponiendo la vida sin causa justa. Por toda respuesta nos leyó un texto de los Salmanticenses, en latín, que no me resisto a ponerlo aquí, con mis palabras y abreviado: “venía de París el rey Borbón Felipe V a tomar el cetro de España; salieron a recibir los nobles españoles a Biarritz y allí le agasajaron con una corrida de toros. Lucieron los caballe-

ros españoles con pases hábiles y verónicas elegantes, con gran regocijo del rey; viendo lo cual, los caballeros franceses, no queriendo ser menos, se lanzaron al ruedo para hacer lo mismo. Apenas los olió el toro, los empezó a zarandear y a cornear de tan mala manera que si no intervinieran los caballeros españoles, más de un francés allí entregara el alma al creador”. Concluían los carmelitas salmanticenses: “torear como los franceses, es pecar de temeridad; torear como los españoles, no es temeridad sino arte”. Todo ello en latín. Ya entonces percibí que debajo de todo sayo de fraile español, arde la pasión por los toros.

Llegó por aquellas fechas, mitad de los años sesenta, fresco de las brumas alemanas, un clérigo relativamente joven, de ceño fruncido, como quien se toma en serio la tarea de pensar, Don Olegario González de Cardedal, con perfil del Caballero de la Triste Figura. Pronto se reveló como hombre de amplia cultura y pensamiento alto. Al poco tiempo le dieron la cátedra de cristología que exponía con garbo ante una asamblea numerosa de estudiantes. En ámbito intelectual español, rompió lanzas con una obra muy comentada en medios eclesíasticos, *“Meditación desde España. Al poco tiempo, habiéndose creado por aquella época la “Comisión Teológica Internacional”, organismo de consulta que depende de la Congregación para la Doctrina de la Fe, aunque no la representa oficialmente, fue nombrado miembro de dicho organismo Don Olegario como único teólogo de España. Nosotros, estudiantes amaestrados en la escuela del Lazarillo de Tormes, solíamos decir: “Olegario González de Cardedal, Primero de España y Quinto de Alemania”* -aunque hay que decir, en honor a la verdad, que con el tiempo se demostró teólogo de consideración que también pudiera estar entre los primeros de Alemania-. Más aún, añado que en los tiempos postconciliares, cuando soplaron vendavales huracanados y se abatieron galernas sobre la nave de Pedro y vimos caer a muchos cedros del Líbano, Don Olegario ha sido torre firme y faro de luz para navegantes.

Pero no me detendré en todos los recuerdos de mis estudios teológicos salmantinos. Sólo he querido decir que cada uno, solo y por sí mismo, tenía que crear su propio método y hacerse una síntesis teológica: la Universidad Pontificia ofrecía, como en feria, un muestrario en el que cada profesor exponía su doctrina y seguía su propia línea. Eran docentes de gran categoría, en general, como individualidades, pero sin formar un claustro compacto en línea y método. A pesar de éso -o quizá por éso-, puedo decir que la estructura teológica que me formé ha sido recia y, a la vez, abierta para afrontar y enfrentar los cuatro vientos de doctrinas que desde entonces - tiempos del Concilio -, hasta la fecha - tiempos largos del postconcilio,

han soplado por los campos de la Iglesia. Conservo de mis años salmantinos un recuerdo altivo, como de años gloriosos.

Hacia el año 1970 acudí a un curso que daba Don Olegario sobre la “*Death of God Theology*” o “Teología de la muerte de Dios”, una escuela americana que tuvo su apogeo precisamente hacia fines de los años 60 y a lo largo de los setenta. Me llamó tanto la atención a mí, lector apasionado de San Pablo, discípulo de Santo Tomás de Aquino trasvasado por la sabiduría del P. Manuel Cuervo, O.P., que el título y el tema me parecían imposibles y me sonaban como algo “escandaloso”. Y decidí hacerlo tema de mi tesis doctoral, dirigida precisamente por Don Olegario. Poco a poco me fui dando cuenta que era la última estación de llegada del tren del Iluminismo, del racionalismo liberal protestante y del secularismo, que por aquel entonces estaba en auge con obras paradigmáticas como “*The Secular City*”, de Harvey Cox o “*Honest to God*”, de J.A.T. Robinson. Empecé a leer “*The Death of God*”, de G. Vahanian, “*The New Essence of Christianity*”, de W. Hamilton, “*Radical Theology and the Death of God*” o “*The Gospel of the Christian Atheism*”, de Th J.J. Altizer, y “*The Secular Meaning of the Gospel*”, de Paul Van Buren. Ello me llevó a repasar el desarrollo del pensamiento filosófico y teológico de los siglos XVIII, XIX y de la primera mitad del XX, guiado de la mano por Heinz Zarhnt con “*Die Sache mit Got*” (“A vueltas con Dios”).

De nuevo me llegó la indicación de transmigrar, esta vez de Salamanca a Roma, en 1972. Eran años en que todavía no funcionaba la computadora a nivel del pueblo de a pie y aún no se había tejido la red mundial de “Internet”, ni los viajes de un país a otro estaban al alcance de cualquier bolsillo por el sistema de “low cost” y “last minute”, como hacen hoy los estudiantes. Tuve que acudir a Don Olegario para decirle, que sintiéndolo mucho, tendría que interrumpir mi doctorado con él y que lo trasladaría a Roma. También él lo sintió y me recomendó que buscara un buen profesor en Roma que conociera el tema bíblico y cristológico, por ejemplo, el P. José Salguero, O.P. profesor en el *Angelicum*, de Roma.

Así lo hice y reanudé mi trabajo en la Ciudad Eterna bajo la atenta mirada del P. Salguero. Funjía yo como Prefecto General de estudios, de toda la Legión de Cristo, luego, solo como prefecto de teología en nuestro Centro de Estudios Superiores; era además de profesor, encargado del archivo histórico de la Legión, ayudaba frecuentemente a nuestro Fundador como secretario de correspondencia. En ocasiones pasaban semanas y a veces un mes entero, sin que abriera yo mis páginas de “Teología de la muerte de Dios”; cuando lo hacía, necesitaba uno o dos días para retomar el hilo. Trabajé así, a salto de mata, en mi investigación durante 10 años. El cami-



no se me hacía muy cuesta arriba. Las circunstancias no me ayudaban, el trabajo doméstico aumentaba, todo parecía decirme: ¡"déjalo! No es posible. Todo mundo sabe que es imposible hacer una tesis de doctorado en estas circunstancias".

Sin embargo, yo escuchaba a nuestro Fundador que nos espoleaba para que sacáramos grados académicos, pues urgía crear nuestras universidades para mejor servir a la Iglesia desde nuestro propio carisma. Y una universidad necesita, ante todo, un claustro de profesores bien preparados, además de una buena biblioteca y de una sólida economía. Yo me decía: "Mi Fundador me lo pide, ¡adelante!". Y reemprendía yo mi camino cuesta arriba, en solitario y luchando "*in spe contra spem*".

Por el año 1979 me encontraba yo empantanado, sin poder caminar ni para atrás ni para adelante. Fui a ver al P. Zoltan Alzeghy, de la Gregoriana, que siempre me había parecido muy buen pedagogo, y le expuse mi situación, sobre el tema, los autores, los diez años que llevaba yo batallando con la fermentada tesis. Me interrumpió y me preguntó:

- ¿Cuántos años dice que lleva en la tesis?

- Diez, le respondí, porque no he podido dedicar mi tiempo al cien por ciento.

- Cuando se llevan diez años, me respondió, la tesis se convierte en un par de grilletes en los pies, que no permiten dar un paso en ninguna otra dirección. Y eso no es sano. A Ud. le conviene "empaquetar" con dignidad los materiales y entregar su tesis cuanto antes. Con el tiempo ya irá Ud. investigando éste u otro campo teológico con mayor profundidad.

Al llegar a casa me dije: "¡Sabio consejo! No puedo yo intentar descubrir el Mediterráneo en estas circunstancias". Y empecé a "empaquetar" mis materiales, dándoles una estructura y una presentación final aceptable. La encuaderné y la presenté a mis directores. Fijaron la fecha, la defendí teniendo como sinodales al P. José Salguero y a la Dra. Nella Filippi. Y como benévola audiencia, a mis hermanos teólogos de nuestro Centro de Estudios Superiores. Salí airoso de la justa, felicitaronme los sinodales, aplaudió el público y regresé a casa con un pergamino doctoral. Por cierto, cuando inicié con el tema de "La teología de la muerte de Dios", la escuela norteamericana estaba en boga; diez años después, cuando la terminé, ya había muerto. ¡En el momento de presentarla y defenderla, dije a los sinodales que mi tesis pretendía dar una "visión histórica y valorativa" de dicha escuela! Y así la aceptaron ellos.

Considero una meta gloriosa en mi vida este doctorado, no por el título en sí, ni por el mismo tema, sino por las circunstancias adversas en que lo tuve que hacer: mi tiempo atomizado en mil tareas no académicas, la ausencia de “ambiente académico” de otros compañeros que también estuvieran haciendo lo mismo: todos eran jóvenes estudiantes de filosofía y de teología; no teníamos aún ningún doctor y cada cual vivía ocupado en sus programas personales o en sus tareas apostólicas inmediatas. Me tocó abrir brecha y hacer camino al andar. Actualmente cuando uno de mis hermanos inicia una tesis doctoral se siente arropado por profesores y compañeros, por el mismo Ateneo “*Regina Apostolorum*”, por la experiencia y consejos de otros que ya han recorrido el camino. Muy difícilmente se pueden hacer idea de lo que fue “sacar” a pulso, en solitario y a contrapelo un doctorado como el que tuve que hacer. Este es uno de los tantos “esfuerzos añadidos” que el período fundacional nos impuso en nuestra generación.

Presenté la tesis en enero de 1980 y en octubre de ese mismo año, invitado por el Ateneo “*Angelicum*”, ya estaba yo dando clases en el mismo. En 1982 me invitó la Universidad Gregoriana e inicié una colaboración con cursos para licencia en dogmática y misionología sobre temas de evangelización y cultura en América Latina, como he dicho más arriba. Fue una colaboración fecunda con la Gregoriana de 1982 a 2002. Tuve una relación de profunda amistad con el P. René Latourelle, Decano de Teología y muy buen entendimiento con su sucesor, P. Sergio Bastianel.

“*Via resolutionis et creationis*”: entiendo por “*via resolutionis*” la etapa en que concluye mi período de estudio académico e inicia la etapa de la síntesis. Y sería de suponer que, alcanzada la cima de la montaña, se tiene una visión de conjunto de todo el panorama recorrido del mundo humanístico, de la filosofía y de la teología. Por lo menos, tal es la aspiración. En efecto, trece de años de estudios intensos - seis de humanidades clásicas, tres de filosofía y cuatro de teología - dejan una primera síntesis germinal. En el tiempo sucesivo el germen se ha de desarrollar, ha de florecer y ha de ir cuajando en frutos de pensamiento, docencia y escritos. La síntesis va permitiendo, con el tiempo, ir elaborando y produciendo tales frutos. Caminan juntas las “*vías de resolución y de creación*”, como anoto aquí abajo.

Desde el inicio de la década de los 90 colaboraba también ocasionalmente con la Pontificia Comisión para América Latina (CAL). Al acercarse el V Centenario del descubrimiento de América -que desde la Santa Sede se le nombraba como “Los 500 años de la evangelización de América”-, me invitó Mons. Cipriano Calderón, Vicepresidente de la CAL, al congreso de “Historia de la evangelización de América. Trayectoria, identidad y esperanza de

un Continente”, en el Vaticano. Yo presenté una ponencia titulada: “*Religiosidad popular y sus manifestaciones artísticas en América*”.

También fui invitado como teólogo perito, nombrado por la Santa Sede, a la IV Conferencia General de Santo Domingo, del 12 al 30 de octubre de 1992. Dentro de la IV conferencia distribuí yo a los participantes mi libro “*Perfil del hombre latinoamericano hoy. Evangelio y cultura*”<sup>2</sup>. Al año siguiente publiqué el libro: “*Santo Domingo en marcha. Una Iglesia en estado de nueva evangelización*”<sup>3</sup>. En 1997 participé como teólogo perito nombrado por la Santa Sede en el Sínodo de América. El cardenal Ian Schotte me pidió que, dado que yo era latinoamericano y había participado en todas las fases del Sínodo, de su preparación a su conclusión, escribiera la historia del Sínodo. Así lo hice: en otro pequeño record de mi vida, en seis meses escribí “*El Sínodo de América. Historia y documentos*”, de 837 páginas<sup>4</sup>. Cuando el Papa Juan Pablo II firmaba en México la Exhortación Postsinodal “*Ecclesia in America*”, yo presentaba en la Basílica de Guadalupe al Cardenal Ian Schotte mi libro. Los cardenales y obispos participantes en el Sínodo me decían, al ver la pila de libros de “*El Sínodo de América. Historia y documentos*”,

-¿Ya?

- Ya, respondía yo.- Y esto, ¿Ud.?

- Sí, yo.

- Fírmemelo.

Y yo, divertido, distribuía firmas a diestro y siniestro entre mucetas moradas y púrpuras cardenalicias.

Hacia el año 1985 Nuestro Fundador me indicó que iniciara una revista de cultura para sacerdotes. Yo le pedí un tiempo para idear el plan y reunir un grupo de colaboradores. Ya empezaban a despuntar nuestros primeros doctores, como anoté más arriba. Una revista, me dije, nace como fruto de un árbol maduro. Nosotros en este momento, académicamente hablando, somos adolescentes: nuestros doctores y profesores están cuajando, pero todavía no tenemos figuras de relieve conocidas en el ámbito académico internacional. Por aquél tiempo conocí a unos amigos editores de la revista “*Communio*” en español, de España, “*Communio*” de Chile, y “*Communio*” de Brasil. Me informé sobre la “familia *Communio*”, sobre los res-

<sup>2</sup> Centro de Estudios Superiores, Roma, 1992.

<sup>3</sup> Ed. Celam, Santafé de Bogotá, 1994

<sup>4</sup> Ed. Nueva Evangelización, México, D.F., 1999.

ponsables del Consejo General y sobre algunos de los editores de cada país. Ellos me animaron a entrar en la red de “*Communio*”, proponiendo la edición de México, que todavía no existía.

Con los datos en la mano, pedí a mi Fundador permiso de asociarnos a *Communio*, pero con un título nuestro, que podría ser “*Ecclesia*. Revista de cultura católica”, y su beneplácito para visitar a los tres fundadores y responsables de *Communio*, el Cardenal Ioseph Ratzinger, y los PP. Hans Urs von Balthasar y Henri de Lubac, por aquel entonces todavía no cardenales. Nuestro Fundador nos dio su bendición a los Padres Antonio Izquierdo, Cristóforo Gutiérrez y a mí - quienes llevaríamos adelante el proyecto -. Los PP. Izquierdo y Cristóforo participaron en 1986 en el Consejo General de *Communio*, celebrado en Lisboa. Allí el Consejo, presidido por el P. Peter Henrici, S.I., decidió que se nos permitiera por tres años una asociación externa, pasados los cuales, podríamos formar parte de la familia *Communio* a título pleno.

No queriendo esperar tres años, visité al Cardenal Ioseph Ratzinger, a la sazón Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, le expuse nuestro deseo y le pedí una carta de apoyo dirigida a Von Balthasar, cosa que hizo de inmediato. Con la carta en la mano, salimos hacia Basilea el P. Antonio Izquierdo y yo y nos entrevistamos con quien había sido definido años antes por Henri de Lubac como “el hombre más culto de su tiempo”. Nos acogió con gentileza y afecto, nos ofreció una merienda, pues era mitad de la tarde, y nos dio toda clase de bendiciones para que nos asociáramos a “*Communio*” en forma paralela: podríamos tomar los artículos que quisiéramos de esta revista y ellos, a su vez, tomarían los que les interesaran de la nuestra. Poco tiempo después los PP. Antonio Izquierdo y Cristóforo Gutiérrez fueron a París y visitaron al P. Henri de Lubac. La respuesta fue análoga: él nos ofrecía todo su apoyo para nuestra revista en convergencia y comunión con la de ellos.

Así nació nuestra una revista “*Ecclesia*”, autónoma, pero en convergencia con la asociación “*Communio*”: nosotros queríamos hacer una teología y una cultura de comunión con el Magisterio de la Iglesia y con todos los teólogos, y los hombres y mujeres de cultura que defendieran al hombre y sus valores, en el horizonte del Evangelio de Cristo. El primer número salió en enero de 1987, la revista sería trimestral. El volumen del primer año cuenta, además de los artículos de los tres directores y fundadores, con colaboraciones de los entonces o posteriormente cardenales Ioseph Ratzinger, Hans Urs von Balthasar, Antonio María Javierre, Eduardo Pironio, Alfonso López Trujillo, Lucas Moreira Neves, de los entonces o posteriormente obispos Boaven-

tura Kloppenburg, Renato Corti, de teólogos como Jean Galot, David Kapkin, Julio Manzanares, Alejandro Martínez Sierra, o filósofos como Gian Franco Morra. Desde entonces, con una periodicidad trimestral, "Ecclesia" ha ido apareciendo puntualmente en el horizonte cultural de Europa y América, en un servicio sencillo y eficaz a la difusión de la Buena Nueva de Cristo.

En 1992 se celebró el Quinto Centenario del Descubrimiento de América. Algunos indígenas decían que para ellos eran 500 años de opresión. Poco después de la IV Conferencia General, celebrada el año 1992 en Santo Domingo, empezó a despuntar una nueva corriente teológica, la teología india. En 1989 caía el muro de Berlín, con su derrumbe quedaba al desnudo la gran mentira de las "sociedades ideales", creadas por el comunismo y la mano férrea de la Unión Soviética. En América Latina se derrumbó el modelo de las sociedades socialistas de centro Europa y empezó a desinflarse el mito de la teología de la liberación marxista, quedando en pie solo aquella teología que se inspiraba en una genuina liberación cristiana, que ponía al hombre como centro de su acción y veía en la Doctrina Social de la Iglesia el instrumento eficaz para elevar a todo el hombre y a todos los hombres.

A medida que una corriente teológica caía, surgía otra, expresando vigorosamente el grito de los pueblos indígenas que reivindicaban su derecho a expresar la fe cristiana en su propio lenguaje cultural hecho de símbolos, de tradiciones, de vivencias comunitarias muy ligadas a la madre tierra y a los ritmos de la naturaleza. Mi Fundador, hacia mediados de los años noventa me dijo que estuviera atento a esta nueva corriente que surgía y que él percibía que tomaba algunos planteamientos de la teología de la liberación: el esquema de oprimidos -los indígenas- y opresores -los gobiernos, el capitalismo, la Iglesia- y la lucha armada como instrumento para el cambio de situación y afirmar sus derechos a sus tierras y culturas: allí estaba el caso de Chiapas con el Ejército Zapatista y su Comandante Marcos, las luchas indígenas en Guatemala, Ecuador, Perú y Bolivia.

Empecé a interesarme en el tema y en el año 2001 pude publicar un primer libro "*Teología india de América*", ed. Nueva Evangelización, México, D.F. En el año 2002 publiqué "*El rostro indio de Jesús. Hacia una teología indígena en América*", (Diana, México, D.F.), y "*Tonantzin Guadalupe y Juan Diego en el nacimiento de México*" (Diana, México, D.F., 2002), además de varios artículos en revistas. Mi libro "*El rostro indio de Jesús*" vino a ser como el punto de referencia sobre teología india y me empezaron a invitar a diversos congresos: representé a la Pontificia Comisión para América Latina en el Congreso de Oaxaca (México), "Emergencia indígena: desafío para la pastoral de la Iglesia", 21 al 26 de abril de 2002.

Fui invitado al “Congreso Diocesano de Pastoral Maya, de la Arquidiócesis de Yucatán”, en septiembre de 2002.

Participé como experto en el “Simposio de Diálogo entre obispos y expertos en teología india”, celebrado del 21 al 25 de Octubre de ese mismo año 2002, en Riobamba (Ecuador). Asimismo fui invitado al “IV Taller para Señores Obispos sobre Pastoral indígena, inculturación y teología india”, organizado por las comisiones episcopales de doctrina, cultura, evangelización, catequesis e indígenas, celebrado en Puebla (México), del 20 al 23 de enero de 2003. Participé en el congreso “Evangelizzazione e storia dell'America”, celebrado por nuestro Ateneo Pontificio “*Regina Apostolorum*”, de Roma, el 21 de marzo de 2003. Y seguí colaborando en organismos de la Iglesia y del mundo de la cultura con diversas actividades consultivas o conferencias: por ejemplo, cada año hasta el presente participo en el curso sobre culturas latinoamericanas organizado por el “Istituto Italo Latinoamericano”, de Roma.

Con miras a hacer una publicación última y, para mí, definitiva, sobre la teología india, he pasado un tiempo investigando en los archivos del Celim, de Bogotá, a la vez que he seguido recogiendo materiales sobre el tema, de los encuentros que cada tres años tienen obispos, teólogos, antropólogos, misioneros e indígenas en América Latina.

Del acierto y penetración de nuestro Fundador sobre el tema y el problema de los movimientos indígenas latinoamericanos son prueba inmediata la evolución que dichos movimientos están teniendo en el campo político en Venezuela, Nicaragua, Ecuador, Bolivia, Per y, últimamente, también en Honduras.

Otros campos en los que he trabajado que tienen que ver con la evangelización en América Latina son: identidad del hombre latinoamericano, Evangelio y cultura, arte y religiosidad popular.

Mi último empeño en este campo ha sido la participación que tuve en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano celebrada en Aparecida, Brasil, del 13 al 31 de mayo de 2007, con el tema: “Discípulos y misioneros de Jesucristo para que en Él tengan vida. *Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida*” (Jn 14,6)”. Unas semanas antes, me había invitado el Cardenal Giovanni Battista Re, Prefecto de la Congregación para los Obispos y Presidente de la Pontificia Comisión de América Latina, a colaborar estrechamente con él, como secretario. Dado que él presidió la V Conferencia - junto con los cardenales Javier Errázuriz, arzobispo de Santiago de Chile y Agnello Geraldo Majella, arzobispo de San Salvador de Bahía (Brasil) -, pude estar en las fuentes mismas de la V Conferencia de Aparecida. Tuve la alegría de ver en Aparecida a nuestro Director General, P. Álvaro Corcuera,

L.C., donde concelebró con Benedicto XVI en la misa inaugural. Participé como un miembro más en todas las asambleas y discusiones de Aparecida, contribuyendo al Documento Conclusivo.

Posteriormente, Mons. Octavio Ruiz Arenas, Vicepresidente de la Pontificia Comisión para América Latina (CAL), me ha invitado a diversas actividades relacionadas con Aparecida: una, la publicación del libro, "*Aparecida 2007. Luces para América Latina*"<sup>5</sup> en la que colaboré con un artículo. Con él ideamos juntos una iniciativa: puesto que nuestros pastores nos invitan en América Latina a una misión continental permanente, sería muy útil traducir a caricaturas (o "fumetti", en italiano, "comics", en inglés), el Documento Conclusivo de Aparecida, para que llegara al pueblo sencillo y todo mundo se pusiera en estado de misión. Junto con el equipo de la CAL y supervisados por Mons. Ruiz Arenas, he trabajado a lo largo de un año en cinco libritos -que pueden presentarse en un solo volumen- titulados "*¡Somos Discípulos Misioneros!*". Me tocó hacer el guión de base, resumiendo el Documento Conclusivo y poniéndolo en lenguaje asequible a nuestro pueblo. Y coordinar al equipo de escenógrafos y diseñadores. Actualmente Mons. Ruiz Arenas ya ha entregado a los Presidentes de las 22 Conferencias Episcopales de América Latina el disco compacto de alta definición listo para la impresión a todo color en papel, para que ellos lo hagan llegar a la base del pueblo de Dios. Ha sido un trabajo ingente que he realizado con gusto como un servicio a nuestras iglesias que se esfuerzan por vivir su fe en Jesucristo en América Latina.

Al llevar a cabo esta labor pensaba en nuestra larga tradición en América de libros ilustrados, a partir de los "Catecismos pictográficos" de nuestros misioneros, en los siglos XVI y XVII, y en que también hoy deberíamos aprovechar esta experiencia pedagógica. Así lo hicimos para que todo el pueblo de Dios se ponga en estado de misión permanente.

En estos dos años que han seguido a la V Conferencia de Aparecida he venido difundiendo su mensaje y contenido por todas partes: artículos en revistas como "*Medellín*" y "*Ecclesia*", conferencias en noviciado de Legionarios de Cristo, en Arujá (São Paulo), en nuestra Universidad Anahuac de Jalapa (Veracruz, México), en los Seminarios de Veracruz (Ver.) y de Xalapa (Ver.), presentación de "*¡Discípulos y Misioneros!*" en sendas conferencias en los seminarios de Xalapa (Veracruz, México), de Veracruz (Veracruz), en el Centro Sacerdotal "*Maria Mater Ecclesiae*", de Roma, en el "Istituto Italo Latinoamericano" – Universidad Gregoriana, de Roma, en los Centros de Muje-

---

<sup>5</sup> Librería Editrice Vaticana 2008,

res Consagradas, del Movimiento “*Regnum Christi*”, de Curitiba (Brasil), de México, D.F., en el “*Mater Ecclesiae College*”, de Greenville (Rhode Island), a nuestros Hermanos y Padres Legionarios, en el Centro de Estudios de Filosofía y Teología de la Legión de Cristo, de Thornwood, de New York.

La última tarea en el orden del tiempo que me ha tocado afrontar ha sido la rectoría del Centro Sacerdotal “*Maria Mater Ecclesiae*”, para sacerdotes diocesanos que acuden a Roma para obtener grados de licencia o de doctorado, es decir, una vez que han terminado su ciclo básico de filosofía y teología en el propio seminario. La idea la había tenido ya Nuestro Fundador en el año 1949, en uno de sus primeros viajes a Roma. Poco antes de verano del año 2005 el P. Álvaro Corcuera me dio la indicación de iniciar el Centro Sacerdotal en nuestra casa de Castel di Guido, entregándome los Estatutos del mismo. El Centro Sacerdotal “*Maria Mater Ecclesiae*” se inserta en la voluntad de la Iglesia de impulsar la santidad de los presbíteros y de favorecer su formación permanente, que, según la “*Pastores Dabo Vobis*”, encuentra su propio fundamento en el dinamismo del sacramento del orden (n. 70). El Centro Sacerdotal está concebido no como mera pensión, sino como una comunidad de oración, de convivencia fraterna y de estudio, dirigida por un equipo de acompañamiento formado por sacerdotes legionarios, es decir, el rector, el director espiritual, el tutor académico, el secretario general y el administrador.

Esta ha sido mi tarea en los últimos cuatro años de mi vida, tarea hermosa, tarea ardua, tarea silenciosa, tarea fecunda y misión importante a medio y largo plazo en servicio de nuestros queridos sacerdotes diocesanos. La Iglesia del año 2050 será lo que sean de aquí a entonces sus sacerdotes.

## Concluyendo

Concluyo aquí esto que empezó siendo brevísimo repaso de mi currículum y que lleva camino de convertirse en el relato de las mil y una noches de este capellán. Decía más arriba que estoy iniciando una nueva etapa, más fecunda que las anteriores. Poco a poco voy a ir quedando libre de otros compromisos y me voy a dedicar a tiempo completo a una serie de obras que desde hace años tengo en el banco de trabajo. El tiempo se me hace corto para alumbrar los libros que desde hace años vengo gestando. Sólo quiero decir, al cerrar esta narración panorámica, que he andado este camino con gozo y con profunda paz, como quien vive siempre en el corazón de Dios.

Roma, 15 de octubre de 2009, fiesta de Santa Teresa de Jesús.

Javier García, L.C.